

CONFLICTO BÉLICO E INMUNIZACIÓN: DE LA PAZ DE WESTFALIA AL 11S

Bettina García Matías

Universidad Complutense de Madrid

http://dx.doi.org/10.5209/rev_NOMA.2014.48000

Resumen.- El objetivo de este artículo es mostrar cómo la idea clásica de guerra ha ido desvaneciéndose desde los tiempos de Clausewitz, a la par que el panorama geopolítico iba cambiando. Las tesis sostenidas por el militar y polemólogo Carl Philipp Gottfried von Clausewitz fueron válidas durante el período westfaliano, haciendo aguas en el siglo XX, cuando empieza a surgir una nueva forma de hacer la guerra, a la que se puede calificar de asimétrica. La aplicación, directa o indirecta, de las teorías del militar prusiano dan cuenta de éxitos y fracasos, pues ni la Historia ni la guerra son procesos lineales y teleológicos que puedan ser trabajados en un despacho.

Palabras clave.- guerra, globalización, biopolítica, dialéctica de Estados, inmunidad y terrorismo

Abstract.- The purpose of this paper is to show how the classical concept of war is fading out since Clausewitz times, as the geopolitical panorama was changing. The thesis maintained by the military man and polemology expert Carl Philipp Gottfried von Clausewitz were valid during the Westfalian period, foundering in the XX Century, when a new way to make war begins to arise, that we can describe as asymmetrical. The direct or indirect implementation of the Prussian soldier theories accounts for successes and failures, because neither the History nor the war are linear and teleological processes that can be developed in an office.

Keywords.- War, globalization, biopolitics, State dialectic, immunity and terrorism

I. Violencia, poder y política. La guerra justa

La guerra es una mera continuación de la política por otros medios. Con esta afirmación, Clausewitz liga, de manera directa, dos conceptos: poder y política, es decir, poder-saber. En esta estructura bimembre, poder-saber- que recuerda mucho a la ontología foucaultiana pre78, la dimensión política, es decir, técnica, quedaba fijada irrevocablemente al conflicto bélico. De hecho, las guerras simétricas de las Clausewitz nos da cuenta, están íntimamente relacionadas con la propia formación del Estado nación moderno, cuya génesis se da en un ámbito de mutuo reconocimiento de igualdad –simetría- y las pugnas que se suceden en este período histórico se dan bajo la forma de guerra justa. Quizás, para un lector actual, los términos guerra y justa puedan parecer antagónicos, resultando esa idea de guerra justa un macabro oxímoron. Las cosas han cambiado mucho desde entonces, pero es bien cierto que hasta no muy entrado el siglo XX, en la guerra había ciertas limitaciones y restricciones, muy bien normativizadas, en el uso de la violencia por parte de los Estados contendientes. Estos obstáculos en la práctica bélica venían marcados por un conjunto de leyes de carácter jurídico-institucional que constreñían la violencia creando un ritual por el cual, a pesar de que la guerra es guerra, y de que su finalidad es, siguiendo al mencionado Clausewitz, la imposición de la voluntad de un Estado soberano sobre otro adversario, la violencia está limitada siempre por lo que podría llamarse código, honor,

derivado de ese mutuo reconocimiento. Los restos que aún quedan de la Europa que conocimos, forjado tras los tratados de paz de Osnabrück y Münster se guiaron por el principio de equilibrio de potencias heredero de la política de gabinetes del siglo XV que imprimió la diferencia entre violencia legítima –la guerra-, siempre justa y la violencia burdamente criminal. La contienda se coronó legítima y la deshonra caía sobre aquellos que practicaran el pillaje, la tortura a los prisioneros de guerra y las violaciones masivas. A pesar de que estas prácticas deleznable y horrendas siempre han existido, y la confusión de la guerra alentaba este tipo de comportamientos, su condena moral era clara, quizás mucho más que ahora, donde, como dicen muchos, ya no sorprende nada.

Pero no caigamos en una especie de leyenda rosa de tiempos pretéritos. Pese a estas limitaciones, impuestas tácita o explícitamente, nuestro mencionado Clausewitz nunca corrió un tupido velo sobre la crueldad inherente al conflicto, algo inevitable y consustancial, como digo, a todo conflicto bélico, ya que es en el campo de batalla donde se juegan todos los mecanismos posibles para ejercer la fuerza de la que cada contendiente pueda disponer. Y en este sentido, el campo de batalla es potencia, es el ámbito perfecto para que la cosa pueda y el derecho que rige, aunque regula y limita las prácticas deshonrosas, es el mismo derecho que mantiene que el pez fuerte se coma al débil. Limita ciertas prácticas, pero no la potencia. Y el terreno es lo que la cosa pueda.

La contienda implica hostilidad y, en ocasiones, el sentimiento de odio está más que presente, pero no es el rasgo dominante en los conflictos modernos. La hostilidad no nace de la irracionalidad apasionada, se mueve en otra región distinta, más política y menos zoológica. Clausewitz consideraba, de hecho, que el odio puro sólo era digno de los salvajes y se felicitaba de que existieran límites a la expresión de violencia, aunque éstos estuvieran, en ocasiones, muy adyacentes a la vorágine de destrucción.

Entonces, se podría decir que estamos ante una simetría de base, es decir, dos o más Estados soberanos que, en igualdad –teórica- de condiciones, despliegan todos los artilugios bélicos posibles para someter al adversario a su voluntad. Pero por otro lado, existen una serie de códigos que acotan y regulan la violencia en unos cauces, dentro de un marco, sea jurídico o de honor, sin que en ningún caso, el campo de batalla devenga algo bucólico y exento de crueldad.

En todo ello hay operando una racionalidad calculadora que hace que la guerra sea un mecanismo instrumental cuya finalidad es la consecución de un beneficio con el menor coste posible. Una cierta forma de economía de medios en la que la violencia es un medio fundamental. Llegado a este momento, entran en juego lo que Charles Tilly denomina paradigma de la movilización de recursos y violencia instrumental. Intenciones, cálculos, estrategias y un claro objetivo: la victoria. Todo esto y más, si se quiere, pero nunca la violencia como un fin en sí misma. Trayendo a colación el pensamiento del sociólogo francés, experto en polemología Michel Wieviorka, no hay, en estas guerras, una lógica de la violencia. Y parece una paráfrasis de nuestro multimencionado Clausewitz, que escribió aquello de que la guerra nunca debe ser un propósito en sí misma. Y así fue durante cierto tiempo, hasta bien entrado el siglo XX:

II. El camino hacia el cambio

La Primera Guerra Mundial se va a plantear como punto de inflexión en lo que a esta concepción clásica –moderna- de la guerra se refiere. Es en esta contienda cuando se introduce en escena algo nuevo y que será clave en conflictos posteriores. Nos referimos a la incorporación de grandes sectores de la población civil a la producción de armamento, considerándoseles semicombatientes, un estatuto completamente nuevo (Münkler, 2005: 92). Esta población civil semicombatiente se convertirá en una especie de prolongación elástica y en terreno propio de los combatientes, desdibujándose la divisoria entre el combatiente y el no combatiente, entre el implicado directamente y el no implicado, entre el soldado y el civil. Ahora, aunque las guerras se desarrollen en terrenos lejanos, toda la población y todo el territorio está en guerra y lo está debido a las relaciones que se establecen entre individuos a través de la producción relacionada con la industria armamentística. No obstante, no nos permitiremos hablar a la ligera sobre la división entre ambos estatutos –combatiente, no combatiente- ya que han existido conflictos, que por su propia naturaleza y por el carácter guerrillero de los mismos, la división se difuminó previamente al período del que ahora nos estamos ocupando. Y valgan como buenos ejemplos tanto la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de América (1775-1783) como nuestra Guerra de Independencia (1808-1814).

Retomando de nuevo lo que nos ocupaba, y siguiendo con las tesis del politólogo alemán Herfried Münkler, otra de las características que hacen de la Primera Gran Guerra un hito sería la propia disolución del campo de batalla. Disolución tras disolución. El tradicional campo de batalla dejará de existir como tal y todo se convertirá en campo de batalla, al igual que todo miembro de una nación política envuelta en una contienda será combatiente de alguna manera. Esta deslocalización del campo de batalla implica que todo sea susceptible de convertirse en frente abierto. Bombardeos constantes en ciudades, innumerables bajas civiles, tomas de ciudades, asedios, proliferación de armas entre la población civil y rupturas constantes de ese código de honor bélico que ya desaparecía, pillaje generalizado, grupos partisanos, etc.

Es en esta guerra cuando se aplicarán, de forma sistemática, nuevas tecnologías más allá de la pólvora. A todo este despliegue de avances científico-técnicos se lo denominará, genéricamente, carrera armamentística y será éste ámbito el que recibirá, hasta día de hoy, el mayor monto en inversiones para la investigación y el desarrollo. Armas nuevas, más parecidas a las actuales que a las usadas tan sólo medio siglo antes, armas que ya no se basan en los principios de la artillería clásica, tales como las armas químicas o nucleares serán el principio de un nuevo concepto y de una nueva praxis bélica que será experimentada durante la Guerra Civil Española y mejorada durante la Segunda Guerra Mundial, que sentará las bases técnicas de los conflictos contemporáneos.

La posibilidad de guerra y destrucción total queda ya, entrado el siglo XX, completamente configurada. Ahora será factible la destrucción de una nación entera con los avances en armas nucleares, químicas y, por supuesto, convencionales. El 6 de agosto de 1945 supuso la culminación de la

destrucción total que, paradójicamente, supuso el fin de las grandes guerras, configurando un mundo geográfica, política y económicamente nuevo. El período postbélico y la Guerra Fría, lejos de representar una época de equilibrio estable y sosegado, constituyen una fase muy interesante desde el punto de vista geopolítico, pues es un período dominado por la constante amenaza de guerra, por el manejo de pesos y contrapesos en un equilibrio muy precario, alianzas y un código tácito que configuró un mundo nuevo diseñado en una función de este equilibrio inestable entre las dos superpotencias hegemónicas nacidas tras la Segunda Guerra Mundial.

III. Era contemporánea e inicio de la asimetría

En el escenario de los últimos años de la Guerra Fría, coincidiendo ya con la caída de la URSS y, tras ella, del bloque soviético, con el inicio de lo que muchos teóricos denominan globalización, es cuando empiezan a surgir –o empiezan a tomarse en cuenta- las llamadas guerras asimétricas. El contexto geopolítico es el de un mundo cada vez más complejo, en el que aquellos equilibrios inestables, fruto de los acuerdos “aceptados” tras la Segunda Guerra Mundial se vienen abajo y todo un orden internacional se destruye para dar paso a uno nuevo. A este respecto podríamos plantearnos si este nuevo orden tiene como uno de sus orígenes una revolución, o si tal revolución nunca existió. La respuesta dependerá del criterio con el cual lo juzguemos, una vez más todo depende del color del cristal con que se mire. Si la mirada se fundamenta en un criterio “amplio”, se podrá decir que, efectivamente, el origen de este nuevo orden se genera tras una revolución, que constó del derrumbe del hégemon soviético, que puso punto y final a la Guerra fría. Por otro lado, toda una serie de coyunturas o, como notaría Charles Tilly, situaciones revolucionarias –el fracaso en Afganistán, la perestroika, la gran crisis económica, etc.- fueron debilitando el hasta entonces potentísimo poder del Estado soviético, donde una gran parte de la población estaba deseosa del sueño americano/europeo, sumado a esto, toda una serie de luchas internas dentro de las instituciones gubernamentales que terminaron provocando un choque irreconciliable de aspiraciones que, sumado a la recién estrenada debilidad estatal, hizo imposible un control de dicha inestabilidad, provocando finalmente una transferencia forzosa de poder, no exenta de golpes, conatos y contragolpes, que llevó a Boris Yeltsin al poder. Si las viejas guerras contemporáneas se caracterizaban por ser conflictos violentos de masas, por implicar a dos –o más- fuerzas contendientes, siendo una de ellas un ejército regular que está bajo un gobierno y/o Estado. Si en las viejas guerras contemporáneas existía una mayor o menor coordinación y organización en la contienda, y una planificación de las operaciones que en ocasiones coexistía con ciertas acciones espontáneas de menor entidad, las nuevas guerras dan a traste con todo esto.

IV. Vietnam: el inicio y el fracaso

Muchos autores coinciden en situar en la guerra de Vietnam (1964-1975) el más claro precedente a las actuales nuevas guerras. La guerra de Vietnam comenzó siendo un conflicto entre Vietnam del Norte contra Vietnam del Sur, pero como formó parte de ese equilibrio inestable denominado Guerra Fría, la participación de la URSS y de EEUU en el mismo lo dotó de un carácter

ligeramente diferente. Sin entrar en un estudio histórico de la contienda, destacaremos el hecho que consideramos principal para este pequeño análisis: un ejército invicto hasta la fecha, el estadounidense, fue derrotado por un conjunto de grupos guerrilleros. La fortaleza del Viet Cong no vino por su potencial armamentístico, tampoco por sus efectivos, muchas veces mujeres y niños de corta edad. La fortaleza del Viet Cong sobre el ejército estadounidense vino de la mano de que dos formas de pensar, muy distintas, se enfrentaron en un campo de batalla diferente. Las tropas norvietnamitas supieron maximizar los esfuerzos relativos, conocían perfectamente el terreno y se fundían con la población civil, haciéndose irreconocibles los unos de los otros en un todo indescifrable que el clásico ejército estadounidense no pudo descifrar, a pesar de su superioridad efectiva y del empleo de una violencia indiscriminada contra ese todo indescifrable. Las acciones del Viet Cong eran imprevisibles a los ojos norteamericanos que, poco menos que daba palos de ciego en un mundo desconocido.

La participación de las tropas estadounidenses en el conflicto, superando el papel de meros aliados del ejército survietnamita, sus sucesivas derrotas, la cobertura mediática constante y espectacular y la violencia sin sentido de todos los beligerantes tuvo un gran eco en la sociedad civil estadounidense y europea, aflorando numerosos movimientos sociales pacifistas. Se puede decir que este conflicto fue uno de los que más conmocionaron y convulsionaron a la sociedad, marcando a varias generaciones con los horrores de la guerra y con un deseo de construir un mundo mejor, "*make love, not war*".

V. Hacia un mundo nuevo

La progresiva transformación de los conflictos en guerras asimétricas se va consolidando a finales del siglo XX, donde no se asiste a los tradicionales enfrentamientos entre dos o más Estados nación soberanos. Dicen los expertos que, de darse una guerra mundial, ésta sería muy diferente a sus predecesoras. El mundo está yendo en una dirección que lleva a conflictos novedosos y tremendamente asimétricos, donde las clásicas teorías militares de poco sirven.

La prestigiosa académica de la London School of Economics Mary Kaldor establece en excelente libro *Las nuevas guerras* dos grandes puntos de ruptura, la guerra de los Balcanes y el conflicto de los Grandes Lagos. La dimensión de ambos enfrentamientos quizás no tenga comparación con ninguna guerra pasada. Ni las motivaciones, ni los actores, ni la dimensión geopolítica son comparables. Como resultado de ambos conflictos se produjo la desaparición de Estados, surgiendo otros nuevos y el horror genocida al que se llegó fue inaudito, dando lugar a la creación de dos Tribunales Penales Internacionales, cuyo objetivo era la persecución y castigo de los actores instigadores de tales horrores. Estos dos conflictos, a diferencia de las llamadas viejas guerras, tampoco auspiciaron victorias o derrotas claras, siendo todo muy difuso y tendente a la fragmentación en múltiples pedazos del territorio donde se desarrollaron.

Muchos teóricos y analistas han considerado acertado el vincular estas nuevas guerras –asimétricas– con el fenómeno de la globalización, pero la tan pluriempleada globalización podría remontarse al siglo XV, con lo que en estos

análisis, quizás, haya más desaciertos que aciertos. Pero lo que sí podría afirmarse es que tras la caída del bloque soviético, es decir, entre 1989 y 1991, y con el final de la Guerra Fría, el mundo sufrió transformaciones inauditas por medio de las cuales se transformaron las propias bases que definían los modelos políticos modernos. [...] El proceso de globalización ha empezado a desintegrar esas culturas de organización vertical, [...] lo que surge son nuevas culturas horizontales (Kaldor, 2001:94).

VI. Nuevos motores: la identidad soñada como *casus belli*

La escena geopolítica actual está muy determinada por el surgimiento de reivindicaciones de poder basadas en la identidad, en muchos casos, una quimera reactiva al artificial orden mundial contemporáneo dibujado –como si éste fuera novedad- con escuadra y cartabón. Conflictos creados sobre aspiraciones soberanistas, nacionalistas, religiosas, étnicas, tribales, etc. Identidades, las más de las veces, imaginadas, pero que actúan poderosamente como motor de todos estos conflictos. En la llamada era de la globalización –aceptemos esta denominación por su amplio uso, per sin que sirva de precedente- hay miríadas de tendencias centrífugas, disgregadoras, antiestatalistas y particularistas, dando lugar al nacimiento de la diferencia como elemento cohesionador. Aun siendo fácil caer en discursos simplistas, lo cierto es que, en este contexto, los cánones que estaban vigentes quedan desfasados y ya no son del todo funcionales cuando se está ante un mundo dividido en sólo dos regiones: una pequeña región económicamente hegemónica –no exenta de procesos críticos- y una mayor región de influencia, periférica y alejada.

La idea de política de identidades, desarrollada por Kaldor es muy explicativa de este fenómeno de la diferencia como elemento cohesionador al que hacíamos mención líneas arriba. Éste se manifiesta como respuesta a las tensiones que se generan en este mundo de dos velocidades, ya que, como recogen muchos estudiosos contemporáneos, ante una tendencia aglutinadora se contraponen unos deseos por mantener una identidad, una diferencia, en muchos casos reforzada o incluso inventada. Es una necesidad ante una homogeneización que engulle –y esto es completamente verificable- costumbres y tradiciones, rasgos particulares y diferenciadores. Hoy en día, la lucha por el reconocimiento de las diferencias, por la protección de las identidades socioculturales se plantea como la única alternativa posible a la hidra con múltiples cabezas que es el capitalismo neoliberal contemporáneo. Pero una cosa es una alternativa posible y otra muy distinta es la mejor alternativa. Pues el surgimiento de estas políticas de identidades que, aun partiendo de esa idea basada en el respeto y reconocimiento a la diferencia contra la que nada tenemos que objetar, trae aparejada la exclusión. Su propio carácter diferenciador, que hace de la diferencia el elemento cohesionador, implica una exclusión sustentada en una dicotomía terriblemente reduccionista que separa a los buenos de los malos. Y como bien sabemos, los papeles de buenos y malos dependen del color del cristal con que se mire la realidad, y son rápidamente intercambiables. Buenos o malos, fieles e infieles, propios o ajenos, nosotros o ellos vidas que merecen la pena y otras que no, en resumidas cuentas se trata de una valorización casi zoológica, en términos de especie, de supervivencia y de conflicto darwiniano. Biopolítica que diría

Foucault. Inmunidad como sostendría Roberto Esposito. En este sentido, la retórica de la liberación y la retórica del exterminio son las dos caras de una misma moneda. De la mano de la liberación viene el odio y el exterminio del otro, de aquél que impide la emancipación merecida. Y se tiende a generar minorías y a segregar a todo aquél que no pertenezca al bando de los buenos y fieles. Nacionalismos, fundamentalismos religiosos de todo tipo, particularismos radicales, todos ellos son expresiones de la política de identidades que tantas veces ha desembocado en genocidios.

La identidad es el pivote de los nuevos conflictos y en su defensa ya no hay límites, ni honor, es la brutalidad descarnada puesta al servicio de un solo deseo, el exterminio inmunitario del otro que es sentido como inferior, opresor, amenazante o simplemente distinto, extramuros a la comunidad. Pero, ¿en cuántos la identidad casos se trata de una construcción sobre elementos inventados, interpretados y adaptados que construyen el imaginario colectivo de los grupos?. ¿Gastronomía o geología?. En muchos casos es una mezcla de las dos cosas, en ocasiones nos encontramos con que la retórica identitaria apela a la reconstrucción de un pasado heroico, casi ficticio, pero con unas bases arqueológicas. En otros casos, no minoritarios, esta retórica es un mito legendario de una edad de oro inexistente en la que un pueblo fue el elegido bajo una especie de designio divino. En ambos casos estamos en presencia de una valoración de la vida en el sentido más zoológico, apelando a la especie, a la raza. Y así se tiende a las prácticas inmunitarias de defensa, que abarcan desde mitos reafirmantes hasta la exterminación de otras especies. Una vez más el relato de la sangre y el suelo, contado por protagonistas, y antagonistas, bárbaros, infieles, ignorantes, semihombres y un largo etcétera. La divisoria comunidad e inmunidad adquiere tintes muy dramáticos.

VII. El terrorismo internacional en jaque

Hay un gran debate en torno a si el terrorismo internacional es la expresión máxima de la asimetría o es, simplemente, un epifenómeno de superficie, un efecto de apariencia de esas gran substancia inmanente que es la globalización. “Globalización” es un término equívoco y confuso, lo que provoca que una aproximación a su definición sea difícil y oscura, convirtiéndose así en un término pluriempleado, desgastado y vacío de contenido connotativo. Y en muchas ocasiones se ha utilizado como palabra “talismán”, es decir, como palabra estrella impregnada de juicios de valor a gusto del consumidor. Por esto, y porque creemos que el proceso de globalización es difícil de fechar, dejaremos a un lado este debate, centrándonos en un aspecto que hemos venido trabajando, la identidad.

En muchas ocasiones, tal y como hemos visto, existe una consideración de pureza por parte de un grupo frente a otro, tratado como impuro. Ésta es una de las bases en las que se sustentan muchos movimientos de corte integrista que, en ocasiones, utilizan tácticas inmunitarias de tipo asimétrico. El llamado terrorismo internacional, sobre todo el de corte fundamentalista islámico, es un claro ejemplo de unión de una motivación simbólica con una acción asimétrica y una justificación sólo ante Dios. Las motivaciones un grupo terrorista determinado pueden ser muy variadas, yendo desde las clásicas acciones

directas hasta un afán por la total destrucción de occidente, como ocurre en el caso de Al Qaeda.

La consideración del otro como enemigo, adversario total, infiel y, por tanto, exterminable, es producto de lo que Wieviorka denomina transfiguraciones de las matrices ideológicas de base. Interpretaciones tergiversadas e inventadas de textos sagrados, justificaciones basadas en disonancias cognitivas, despersonalización y naturalización del supuesto enemigo, etc. A diferencia de otros tipos de terrorismo, que no pueden enmarcarse en el ámbito de las guerras asimétricas, aquí, la acción terrorista no es un medio para la consecución de un fin, sino que es un fin en sí mismo. Poniendo un ejemplo concreto, las enseñanzas yihadistas del teólogo clásico Ibn Taymiyya (1263-1328) han sido profusamente editadas y estudiadas en los últimos años, y su doctrina se ha convertido en elemento central del imaginario colectivo de ciertos sectores musulmanes, empapando la praxis violenta de estos grupos. La yihad es concebida alrededor de un cinturón inmunitario, como una frontera imborrable que separa al creyente del infiel, exhortándole, al grito de Dios es grande, a destruir el pervertido reino de la ignorancia. La violencia está dotada de un carácter purificador, abre las puertas del paraíso soñado, sólo responde ante Dios y goza de su total beneplácito. Y luchad en Alá con todo el esfuerzo que él merece (Aleyas de Medina 22:78). El camino a la transfiguración está marcado.

El objetivo es la destrucción completa, inmunitaria, de un sistema considerado enemigo, que en el caso del terrorismo islámico sería un Occidente genérico e ignorante. Y este objetivo no puede, contra lo que afirman muchos, considerarse irracional, pues si se analiza toda la cantidad de estrategias y tácticas utilizadas para cometer un acto terrorista, queda claro que todo está puesto al servicio de una racionalidad calculadora impresionante. Toda la génesis de los atentados del 11S no obedece a un desvarío espontáneo y colectivo, existe en ella una acción estratégica clara, planificada, organizada y encaminada a la consecución de un objetivo, cometiendo el mínimo de errores posible. Ante la idea de unas masas enfurecidas e irracionales, tal y como supusiera Le Bon, la realidad nos muestra una patente capacidad racional usada por grupos organizados encaminados a hacer el mayor daño posible en aras de una verdad universal que, para ellos, es la única posible.

Esta racionalidad queda más patente, y se refuerza, cuando se observa la presión mediática que provoca cada acto terrorista. Münkler pone de manifiesto que la combinación del empleo de la violencia con una cobertura mediática intensiva y el acceso abierto a los medios en los países atacados, permite conseguir efectos máximos con un uso escaso de la violencia (Münkler, 2005:88). ¿Qué son dos aviones estrellados contra tan sólo dos edificios de oficinas? En comparación con los daños que la potencia armamentística y destructora del ejército estadounidense puede causar, esto sería sólo “anecdótico”. Y las víctimas del 11S son infinitamente menos de las que pueda haber en cualquier conflicto bélico, por pequeño que éste sea. Pero el hecho está en el mensaje, el choque de los dos aviones contra las Torres Gemelas se retransmitió en directo a todo el mundo, a millones de hogares en todo el mundo. Y fue rotundo y moralmente devastador, un shock difundido mediáticamente a escala mundial (Beck, 2003:18)

Del 11S nos queda la imagen impactante, globalmente retransmitida, de los aviones colisionando contra un símbolo, el World Trade Center de Nueva York, dejándonos la sensación de que no habrá jamás seguridad inmunitaria, en ningún sitio (Münkler, 2006:150). La sensación de que vivimos en una sociedad de riesgo mundial se acentuó ese día más que nunca, más que tras el accidente de la central nuclear de Chernóbil (26 de abril de 1986). Porque esto no era un accidente sino una declaración de intenciones difícil de digerir. Aceptar la existencia de que individuos suicidas, con motivaciones aparentemente irracionales o desfasadas, sin posibilidades de prevención ni de defensa ante estos ataques y sin que nadie pueda ser juzgado por ello de manera directa, puesto que son suicidas, hombres y mujeres que sólo rinden cuentas ante Dios. Cuando la asimetría hace que David siempre venza a Goliat, la incertidumbre está servida.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (1998), *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos, Valencia.
- ANDERSON, B. (1993), *Comunidades imaginadas*. FCE, México.
- ESPOSITO, R. (2006), *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Amorrortu, Buenos Aires, 2005.
- *Bios: biopolítica y filosofía*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Beck, U. (2003), *Sobre el terrorismo y la guerra*. Paidós Barcelona, Asterisco, 2003
- (1998) *La sociedad del riesgo*, Paidós, Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1998), *Historia de la sexualidad, vol. I: La voluntad de saber*. Siglo XXI, México.
- (1975-1976) *Defender la sociedad*. Curso del Colegio de Francia.. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- (2006) *Seguridad, territorio, población*. Curso del Colegio de Francia. 1977-1978. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- (1978-1979) *Nacimiento de la biopolítica*. Curso del Colegio de Francia.. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- HALL, J. (1993), “*Nacionalismos: clasificación y explicación*” en Debats, nº 46, Valencia,.
- JUERGENSMEYER, M. (2001), *Terrorismo religioso*. El auge global de la violencia religiosa. Siglo XXI de España, Madrid.
- KALDOR, M. (2001), *Las nuevas guerras*. Tusquets, Barcelona.
- LE BON, G. (1986), *Psicología de las masas*. Morata, Madrid.
- REINAERS, F. (2003), *Terrorismo global*. Taurus, Madrid.
- SMITH, A.D. (1997), “*¿Gastronomía o geología? El papel del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones*” en Zona Abierta, nº. 79, Madrid.

TILLY, Ch. (1995), *Las revoluciones europeas, 1492-1992*. Crítica, Barcelona.

METZ, S., “Asimetría estratégica” en Military Review: <http://www.leavenworth.army.mil/milrev//spanish>

MÜNKLER, H. (2005), *Viejas y nuevas guerras. Siglo XXI*, Madrid.

WALDMAN, P. y REINARES, F. (1999), *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*. Paidós, Barcelona.

WIEVORKA, M. (1992), “Terrorismo y violencia política” en Revista Internacional de Sociología, tercera época, nº 2.

